

Nuestra oracion ha de empezar con un grande y eficaz deseo de dar honor, gloria y alabanza al Señor, y con el mismo deseo debe terminar. Sin embargo, el Catecismo al explicar la inteligencia de esta última palabra, dice que significa en el sentido de la Iglesia lo mismo que aceptacion y otorgamiento de las peticiones que la preceden: que por eso, siendo una voz hebrea, se ha querido conservar para concluir todas las preces de la Iglesia, como dando á entender que no se quiere que pierda de la fuerza de su significado. Jesucristo la usó muchas veces, para asegurar la firmeza de lo que decia; y en este sentido la pronuncia el sacerdote en el sacrificio de la Misa, como para responder afirmativamente á lo que el mismo pide por todos, dejando á que el pueblo responda con la peticion general, que abraza todas las otras, *mas libranos de mal*.

La firmeza y eficacia de la oracion nos la manifestó el Salvador en mil ocasiones, encargando que la tuviésemos, que orásemos y pidiésemos siempre. La mejor de todas es la del Padre nuestro, los Santos la han usado; sabiéndose de algunos, que son tenidos por modelos en esta virtud, que su oracion estaba puramente reducida á rezar solo un Padre nuestro con tal devocion y contemplando de tal suerte sus peticiones, que á veces se detenian cinco ó seis horas, repitiéndolo hasta que lograban rezar uno sin sufrir ninguna distraccion. Imitémoslos nosotros; pongámonos en la presencia de nuestro Padre celestial y dirijámosle esta oracion siempre que queramos alcanzar de su infinita piedad y clemencia alguna cosa espiritual ó temporal; pero cuidando de referirlas todas á su mayor gloria y honor, y con ánimo resuelto de someternos á su divina voluntad en todo caso, ya nos sea favorable, ya adverso el resultado. El Señor nos oirá y nos dará lo que mas convenga en esta vida y despues la salvacion eterna en los cielos. AMEN.

PLÁTICA XIV.

DE LA SALUTACION ANGÉLICA.

Ave, gratia plena.

Dios te salve, oh llena de gracia.

(Luc. 1, 28.)

LA oracion dominical es una oracion que nos vino del cielo y que se nos comunicó por el mismo Hijo de Dios; ella es pues la oracion mas santa que podemos dirigir á nuestro Padre celestial. Así es que, de un extremo del mundo al otro, está diariamente en los labios de los cristianos. ¡Cuántas gracias no nos alcanzará esta oracion, y qué frutos tan grandes de salvacion no producirá en nosotros, si es ofrecida á Dios por las manos de María! ¡Es tan poderosa la intercesion de María sobre el corazon de Dios! Por esto es sin duda, hermanos míos, por lo que en todas partes y cuasi siempre la oracion del Señor es seguida de la *salutacion angélica*. Vosotros apreciáis esta saludable oracion, y yo no dudo que la rezaréis todavia con mayor fervor cuando yo os diga las santas palabras de que se compone y la significacion que tienen.

La *salutacion angélica* se llama así de las primeras palabras de que se compone, que son las palabras de que se sirvió el ángel cuando anunció á María que seria madre de Dios. Ella se divide en tres partes. La primera procede del arcángel S. Gabriel, y son estas palabras: *Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo*. La segunda parte procede de santa Isabel, que dijo á María: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. La tercera parte es una súplica que la Iglesia añade, y que comienza con estas palabras: *Santa María, Madre de Dios*; palabras con que la Iglesia, reunida en el concilio de Efeso, confundió la heregia que oraba negar á María el glorioso título de Madre de Dios. Es pues muy digna esta súplica, y las palabras que la

componen han salido de las bocas mas santas. Sí, hermanos míos; no hay otra oracion con la que podamos alabar, bendecir é invocar mejor á la Santísima Virgen. En efecto, ¿podemos acaso alabar á la Santísima Virgen de una manera que le sea mas agradable que dirigiéndole las palabras que ella oyó por la primera vez de boca del ángel, cuando vino á anunciarle las maravillas que el Altísimo iba á obrar en ella, y que la elevaron al mas alto grado de gloria y de grandeza? Podemos bendecir mejor á la Santa Madre de Dios, que renovando en nuestros corazones la memoria del adorable misterio de la encarnacion del Hijo de Dios, y repitiendo estas palabras de santa Isabel: *Bendito es el fruto de tu vientre*; es decir, bendito sea ese misterio tan glorioso para vos, oh Virgen santa; bendito sea ese fruto celestial de vida, Jesus, nuestro redentor, que vuestro casto seno nos ha dado? Gracias os sean dadas, María, y bendita seais para siempre vos, que habeis dado á luz el divino Libertador, que ha venido á quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, á romper las cadenas de nuestra vergonzosa esclavitud y á hacer pedazos la sentencia de muerte que iba á herirnos. Sí, Virgen santa, ¡bendita seais vos y Jesus, el fruto de vuestras entrañas!

Estas palabras de accion de gracias nos abren el corazon de María, y nos conducen naturalmente á dirigirle una peticion, que no puede dejar de serle agradable, y que se contiene en estas palabras: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*. Pidamos pues con toda confianza, porque somos hermanos de Jesucristo, y María, nuestra madre, nos oirá.

Veamos ahora, hermanos míos, las santas verdades que se contienen en las palabras que componen la salutacion angélica.

El arcángel S. Gabriel saluda á María y la llama *llena de gracia*. ¿Qué significan estas hermosas palabras? Ellas nos enseñan que María por sí sola recibió de Dios mas gracias que todas las demás criaturas reunidas; ellas nos enseñan que Dios, despues de haber elegido á María entre todas las hijas de Sion para ser la madre de su amado Hijo, la enriqueció con sus dones, la colmó de favores, y abrió para ella todos los tesoros de su bondad. *Muchas son las hijas que han allegado riquezas (Prov. xxxi, 28); mas á todas has tú aventajado*, ¡oh María! Ellas participan de las gracias del Señor; pero vos, María, estais llena de ellas, y *el Señor es con vos*.

Es verdad que nosotros somos tambien templos donde Dios habi-

ta, y cuando estamos en gracia, se puede decir tambien de nosotros: «El Señor es con vosotros.» Pero él estaba en María de una manera especial. En ella se dignó tomar carne, hacerse hombre, y permanecer por espacio de nueve meses. Él está en el corazon de María, él llena su entendimiento, él posee su voluntad, él es el principio de todos sus pensamientos, de todos los movimientos y de todos los sentimientos de su corazon y de su alma, y no consiente que haya en ella la mas pequeña mancha que pueda empañar su pureza. Sí, María, *el Señor es contigo*. El enviado de Dios añade: *Bendita tu eres entre las mujeres*.

De todas las mujeres que han aparecido en la tierra desde la creacion del mundo, de todas las mugeres que habitarán en la tierra hasta el fin de los tiempos, María es la mas digna, la mas santa, la mas elevada en gracia y en gloria delante de Dios. Ella es la única de la numerosa familia de Adan que fué concebida sin pecado. Ni aun el pecado mas leve pudo introducirse jamás en esta bella alma, templo vivo de Dios, en el que los ojos del Señor no divisaban la mas pequeña mancha. El corazon de María, santuario de todas las virtudes, estaba lleno de fe, de esperanza, de caridad, de humildad, de dulzura, de paciencia y de pureza; y desde el dia de su entrada en el mundo hasta el de su glorioso tránsito, no cesó María un solo instante de caminar de virtud en virtud y de adelantar en perfeccion y en santidad. Finalmente, vos sois, Virgen santa, no solo la mas fuerte, la mas casta, la mas fiel y la mas santa de todas las hijas de Sion, sino que sois tambien la Madre del Salvador del mundo, la Madre de Dios; ¡con cuánta razon pues dijo el Angel que *sois bendita entre todas las mujeres!*

Santa Isabel dijo tambien á María: *Bendita eres entre todas las mujeres*; y añadió: *Y bendito es el fruto de tu vientre*. Esto fué porque el Espíritu Santo reveló á la venerable esposa de Zacarías que *los cielos habian derramado desde arriba su rocío, que las nubes habian llovido al Justo*, y que el *Deseado de las naciones* estaba en su presencia, en el seno virginal de María. Jesus, Salvador del mundo; Jesus, ángel de paz y verdadero Salomon; Jesus es el fruto de vuestras entrañas, oh María; sin duda alguna vos teneis todo poder sobre su corazon, y él se apresura á escuchar los votos y las súplicas que vos depositais á sus piés en el cielo. Esta es la razon por qué la Iglesia de vuestro divino Hijo quiere que os digamos diariamente con una confianza sin limites: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*.

Santa María, Señora nuestra, Reina nuestra, hija amada de Sion, que merecisteis ser favorecida por el Espíritu Santo, que concebisteis en vuestro seno al Hijo del Eterno, que le disteis la carne que él debía sacrificar y la sangre que debía derramar por nosotros; Madre de Dios, utilizad en nuestro favor el poder de misericordia con que el Señor os ha revestido; rogad por nosotros, pobres pecadores, vos, que tanto amais el título de refugio y de auxilio de los pecadores; vos, que sois la estrella que debe conducirnos al puerto de salvacion. Considerad nuestra miseria, y vuestro corazón de madre se conmovirá; vos pedireis por nosotros á vuestro divino Hijo; vuestra oracion será oída, y nuestra salvacion será el fruto de vuestra suplicante, pero omnipotente, intercesion. Rogad por nosotros *ahora*, es decir, siempre y á cada instante, por que á cada instante tenemos necesidad de vuestro auxilio, ¡oh Madre de Dios! En efecto, nosotros tenemos continuamente nuevos pecados que deplorar, nuevas flaquezas que temer, nuevos peligros que evitar, nuevos deberes que cumplir, y por consiguiente, nuevas gracias que obtener por la intercesion de esta Madre celestial de misericordia. Que María pues ruege por nosotros, pobres pecadores, ahora, siempre, y sobre todo *en la hora de nuestra muerte*, á fin de que no seamos turbados por el temor de la muerte y de las tentaciones del demonio, que en aquel momento decisivo redobla sus esfuerzos, emplea toda su astucia y hace uso de toda su malicia para perdernos. Que María pida por nosotros entonces para que suframos nuestros males y nuestras desgracias con una paciencia cristiana y meritoria; para que recibamos dignamente los últimos sacramentos, fuentes de gracia y de perdon, y prendas de salvacion; para que conservemos el espíritu de penitencia y de contricion, de confianza en Dios y de resignacion á la voluntad del cielo; para que, perseverando en la gracia y estando firmes en el amor de Dios, merezcamos ser recibidos en el seno de Abraham.

¡María es muy agradable á Dios Padre, á Dios Hijo y á Dios Espíritu Santo! María es muy poderosa! Ella es la Madre de Dios. Ella quiere nuestra felicidad. Ella quiere conducirnos á Dios. Pedid á esta Santísima Virgen, dirigidle con frecuencia la bella salutación angélica, que os acabo de explicar; recitadla, hermanos míos, en vuestras aflicciones, y seréis consolados; en las tentaciones, y seréis fortalecidos; recitadla todos los días, especialmente á la mañana y tarde, cristianos de cualquier edad ó estado; y especialmente vosotras, jóvenes, que experimentais tantas y tan violentas ten-

taciones, pedid á María, y María pedirá por vosotras, y recibiréis el auxilio de Dios; haréis lo que Dios manda, é iréis un día á glorificarle en los cielos, en la sociedad de los ángeles, de los santos y de María, Madre de Jesus, nuestro Salvador. *Así sea.*

PLÁTICA XV.

DE LA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN.

Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.

Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

(Luc. 1, 48.)

ESTA profecía de la Santísima Virgen tuvo su cumplimiento. Ya hace diez y ocho siglos que la Iglesia católica y sus verdaderos hijos no cesan de amar, de honrar, de invocar á María, y de repetir diariamente que ella es bendita entre todas las mujeres, que ella es bienaventurada. Yo doy gracias por ello al Señor, hermanos míos; yo tengo la satisfaccion de ver que la devocion á María reina tambien entre vosotros; que todos vosotros la invocais con confianza y fervor. Despues del nombre adorable de Jesus, que las madres se apresuran á enseñar á sus hijos, está el nombre de María. Vosotros teneis razon, hermanos míos, en honrar á aquella á quien Dios ha elevado á la dignidad inefable de Madre del Salvador, y en invocar á la que es Reina de los santos, y á quien el Señor ha dado un gran poder. Pero debeis procurar, como dice el Apóstol, que vuestro culto y vuestros homenajes sean puros y sin mezcla de error, y que puedan merecer la aprobacion de la sana razon: ellos deben ser tales para agradar á María y para alcanzar las gracias y las bendiciones de Dios. Escuchadme con atencion, á fin de que sepais qué clase de homenajes debeis depositar al pié del altar de la Santa Madre de Dios.

En el cielo, el trono de María está colocado mucho mas alto que

los ángeles y los santos, pero mas bajo que el trono del Eterno, por que ella no es Dios. Es necesario pues honrar y reverenciar á la Reina del cielo mas que á todos los ángeles y santos, supuesto que es superior á ellos y que es su Reina; pero guardémonos de trasladar al culto de María la adoracion que no pertenece mas que á Dios, porque María clamaria contra nosotros, rechazaria nuestros homenajes esta Virgen celestial, que tanto se complacia en repetir que ella no era mas que una humilde sierva del Señor. Ella dijo al ángel: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra*; ella dijo tambien á su santa prima Isabel: *El Señor ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava.* (Luc. 1, 48.)

María no es Dios; por consiguiente, no puede producir la gracia. Solo Dios es el autor de ella, él solo la concede y la da. Por consiguiente, no pedimos á María ese don precioso de la gracia del Señor como si ella lo tomase de su propio fondo, como si lo crease con su propio poder; pero pedimos á María que nos lo alcance. Esta es la razon por qué cuando nos dirigimos á Dios decimos: *Padre celestial, verdadero Dios; Hijo, redentor del mundo; Espiritu Santo, que sois Dios, tened misericordia de nosotros*; porque solo Dios puede conceder la gracia. Pero cuando nos volvemos á María, nuestra oracion cambia, y decimos con la Iglesia: *Santa María, santa Madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte.* Nosotros oramos así, y lo hacemos con confianza, porque, si María no es el autor de la gracia, Dios, en cuyo seno se encuentra esta gracia tan preciosa y tan necesaria, no la niega jamás á la súplica de su celestial Hija, de su querida Madre, de su amada Esposa.

Nosotros no trasladamos al culto que tributamos á María la adoracion, que solo pertenece á Dios; pero nos complacemos en honrarla, en celebrar su gloria, su poder y su ventura. Nosotros imitamos al enviado del cielo, al ángel de Dios, y como él, decimos á María: *Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.* Nosotros imitamos á la santa esposa de Zacarías, la madre de Juan Bautista, y con ella decimos á María: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.* Con el ángel y con Isabel, honramos y glorificamos á Dios en la persona de María; glorificamos y honramos á Dios Padre, en cuya presencia encontró gracia María; á Dios Hijo, á quien esta Virgen celestial dió á luz; á Dios Espiritu Santo, cuya virtud obró en ella tan grandes milagros. Nosotros hon-

ramos y glorificamos á María, y cumplimos las palabras proféticas que Dios le hizo pronunciar cuando dijo: *Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo.* (Luc. 1, 48.) Nosotros honramos é invocamos á María, porque tal es la voluntad de Dios, supuesto que la hizo digna de todo honor, y la elevó á una dignidad inefable, que la revistió de un admirable poder. Nosotros honramos é invocamos á María, porque queremos caminar por los vestigios de los santos, y porque los santos no han cesado ni cesarán jamás de honrar y glorificar á la santa Madre de Dios, á quien de esta suerte tambien ellos glorifican.

Sí, hermanos míos, honremos á María con una devocion ardiente y con una confianza grande. Pero no olvideis que María quiere que ante todo honremos á Jesus y á su divino Padre, de quien todo lo ha recibido. No olvideis que ella os quiere conducir á Jesus, y que de la bondad y de la misericordia de Jesus es de donde debeis esperar la salvacion. Jesus, en efecto, *es solo el camino, la verdad y la vida* (Joan. xiv, 6); *y no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos, mas que el nombre de Jesus.* (Act. iv, 12.) María es poderosa, y su oracion es de una eficacia admirable; pero rogará ella por vosotros si os olvidais de Jesus, *que tiene palabras de vida eterna?* (Joan. vi, 69.) No, ella no acogerá ni vuestros votos ni vuestras súplicas, ella no las presentará á su Hijo amado, si vosotros no lo esperais todo de él, si vosotros le olvidais. Pedid pues á María que interceda por vosotros, pero de modo que espereis de Jesus, por la intercesion de María, las gracias y los favores que deseais; y María os amará, os protegerá é intercederá en vuestro favor ante su divino Hijo, que murió por vosotros y que es nuestro único mediador en presencia del Padre celestial. Así es como se debe orar á María para honrarla y honrar á Dios.

Nosotros alabamos y ensalzamos á María; ella es muy digna de que así lo hagamos, y Dios lo quiere, porque hizo de ella la obra maestra de sus criaturas. «La bienaventurada Virgen María, dice san Juan Crisóstomo, es la maravilla mas grande de Dios. ¿Quién ha sido mas santo que María? Ella excede en santidad á los profetas, á los apóstoles, á los mártires, á los ángeles, á los tronos, á los principados, á los serafines y á los querubines; entre las criaturas visibles é invisibles, no hay ninguna que iguale á María ni en grandeza ni en santidad, ninguna que, como ella, sea á un mismo tiempo sierva y madre de Dios, madre y virgen á un tiempo mis-

mo.» Tributar gloria á María debe ser una cosa muy agradable á Dios. Pero María no se tendrá por glorificada con vuestros homenajes, con vuestras alabanzas, con vuestros cánticos y con vuestras oraciones, si al mismo tiempo no glorificais á Dios con vuestras acciones, si no imitais á ella, que tanto contribuyó á la gloria de Dios, caminando en la práctica de las buenas obras, y que tuvo siempre en sus labios estas bellas palabras: *Alma mia, glorifica al Señor.* ¡Ay, hermanos míos! nosotros la alabamos y le pedimos muy mal, supuesto que la imitamos tan poco. ¿Qué deberéis esperar de vuestras oraciones, y qué honor tributais á María y á Dios, vosotros, los que ahora rezais los cinco dieces de vuestro rosario, y que muy pronto iréis á proferir una decena de blasfemias y de maldiciones? Qué honor tributais á Dios y á María vosotros, los que en las letanías dais á la Madre de Dios los títulos mas gloriosos, y os preparais para lanzar muy pronto contra vuestro prójimo una letanía de injurias y de ultrajes, de maldiciones y de calumnias? Qué mérito podeis tener, y cuál puede ser la eficacia de vuestra oracion, padres y madres, si en tanto que alabais á la Santísima Virgen, y ensalzais su amor á su divino Hijo, y su mansedumbre, su bondad y su fidelidad inviolable para con su casto esposo José, no teneis cuidado de vuestros hijos, ni celo por su educacion, ni paz ni concordia entre vosotros, ni amor ni fidelidad mútua? Qué se debe pensar y esperar, oh jóvenes, de vuestra devocion á María, si mientras glorificais la angelical pureza y la celestial belleza de su alma, vuestro espíritu y vuestro corazon, vuestra boca y vuestros oídos, todo en vosotros está lleno de pensamientos, de deseos, de discursos y de acciones que la santa pureza condena? No, no es así como María quiere ser honrada. Si quereis que vuestras oraciones le sean agradables, y que ella os ame y os proteja, decidíos á imitarla y á caminar por sus huellas. Imitad su mansedumbre, su humildad, su amor á Dios y al prójimo, procurad ser modestos como ella, puros como ella, y entonces la honraréis con la boca y con el corazon; Dios será glorificado con el culto que tributais á su santísima Madre; María se unirá á vosotros; ella recibirá vuestras oraciones, las presentará á Dios, y esas oraciones volverán desde el cielo á vosotros, pero cargadas de gracias y de bendiciones, que os fortificarán en el amor y en la práctica de las virtudes, que os consolarán en vuestras aflicciones y en vuestras penas, que os harán firmes y fuertes en los combates contra los enemigos de vuestra salvacion, y os ayudarán á subir hasta la

montaña santa del Señor. De este modo es como podeis merecer que María sea para vosotros el arca de la alianza, la puerta del cielo. ASÍ SEA.

PLÁTICA XVI.

DE LA IMITACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Non omnis qui dicit mihi, Domine Domine, intrabit in regnum celorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est, ipse intrabit in regnum celorum.

No todo aquel que me dice, ¡oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

(Mat. vii, 21.)

HERMANOS míos, todos nosotros deseamos honrar á la Santísima Virgen y merecer su poderosa intercesion para con Dios; María es digna, en efecto, de toda gloria y honor, y su intercesion nos alcanza una multitud de auxilios y de gracias muy saludables, porque Dios y su divino Hijo nada le pueden negar. La Santísima Virgen nos ama, y el mas ardiente deseo de su corazon es hacernos bien, es hacernos participantes de la felicidad que ella posee en el cielo; sin embargo, yo creo oírle decirnos, como Jesucristo: No todo el que me dice: «María, María,» entrará en el reino de los cielos; sino el que, como yo, hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es el que entrará en el reino del Señor. Sí, hermanos míos, nosotros nos haremos dignos de la proteccion de María, y participaremos de su gloria y su ventura, si imitamos este modelo perfecto de todas las virtudes; si, como ella, hacemos lo que Dios manda; si